

Por último, en 1859, cuando los franceses pasaron los Alpes, viniendo en auxilio del Piamonte contra el Austria, Francisco albergaba en su palacio á su cuñado el pretendido Enrique V, y juntos acariciaban la idea de un nuevo Waterloo y de otro tratado de Verona, que remachase mas y mas los hierros de la infortunada Italia.

Así cumplió el noble duque su palabra empeñada de ser italiano y liberal en el segundo período de su reinado.

La batalla de Palestro fue el toque de agonía para este odioso y repugnante despotismo.

Los modenenses celebraron ruidosamente la victoria de las armas italianas y corrieron en gran número á alistarse bajo la bandera tricolor.

Francisco intenta castigar á su pueblo; pero el cañon de Magenta le advierte que no tiene tiempo que perder. Decide, pues, partir en seguida; reúne sus tropas; pónese á la cabeza de ellas, y abandona la ciudad.

Al marcharse en 1848 ofreció libertad y clemencia para el dia que volviese.

Esta vez se aleja diciendo:

—Ya tornaré, modenenses, ya tornaré. ¡Y ay entonces de los traidores! Mi venganza será implacable.

Quedó, pues, casi desierta la ciudad de Módena durante muchos dias.

Solo se veian en ella ancianos, niños y mujeres.

Los hombres se habian ido á luchar divididos en dos bandos.

El duque y su ejército ingresaron en las legiones austriacas.

Los ciudadanos de Módena, sin distincion de clases, fueron á pedir armas y un lugar en la refriega al rey Victor Manuel.

Los campos de Solferino los vieron á unos y á otros luchar frente á frente.

Allí vencieron los aliados á los austriacos.—Allí venció tambien el pueblo de Módena á su aborrecido duque.

¡Tiempo hacia que estaban emplazados para aquella lid!

Y Dios quiso que los modenenses vengasen en un solo dia los agravios de muchas generaciones, y tuviesen la inefable satisfaccion de ver caer juntos en una misma derrota al emperador de Austria, á la dinastía *Estense*, al odiado Francisco y á sus cuatro mil sicarios!...

—Ahora comprendereis, me han dicho los guardias nacionales y los voluntarios garibaldinos al terminar su relacion; el frenético entusiasmo y el delirante júbilo que estremece todavía á los habitantes de Módena.—Estábamos muertos y hemos resucitado.

Ahora comprendereis, os digo yo á vosotros, por qué esclamé hace un momento con tan cruel delectacion:

—«¡Oh! si Francisco V pudiese ver en este instante á su antigua córte!»

Solo el cuadro que presenta la *Trattoria* en que escribo estos apuntes, le haría morir de impotente rabia.

Tres magníficos retratos, uno de Cavour, otro de Garibaldi y otro de Victor-Manuel, adornan las ennegrecidas paredes: mas de cien militares,—oficiales sar-

dos, guardias nacionales de la ciudad y voluntarios garibaldinos,—hablan de los asuntos de Italia, censuran á Antonelli, befan á Francisco II, ensalzan á la Inglaterra; repiten mil y mil veces las palabras antes proscritas de *Patria* y *Libertad*; brindan por la *unidad italiana*; se rien de los tudescos; entonan canciones aprendidas al dia siguiente de Montebello, de San Martino, de Marsala y de Garegliano; son dueños de sus acciones; pueden espresar sus ideas; ejercitan su voluntad; piensan, hablan, viven... Y el mundo no se acaba por eso; y el sol sale y se pone como antiguamente, y existen la religion, la familia, el amor, la virtud, el respeto, la propiedad, el órden... ¡Y Francisco V no es duque de Módena!!

Pero ya son las ocho y media: vámonos al teatro.

Estamos en el *Teatro Reale* (antes *Ducale*).

La sala es grande y hermosa, y está completamente llena.

En sus ciento cincuenta palcos se ve una multitud de bellas y lujosas damas y de elegantes caballeros, ora modenenses, ora de las ciudades vecinas.

Módena, gracias al ferro-carril (obra del nuevo gobierno), dista de Bolonia una hora y minutos, como ya hemos visto; media hora de Reggio, ciudad muy importante; hora y media de Parma, córte de otro ex-reino; dos horas de Placencia, capital de otro antiguo estado; siete de Génova, ocho de Turin y once de Milan.

Rossi ha hecho acudir á Módena mucha gente de todas estas poblaciones.

Mañana será la cita en otra parte, y allí volverán á reunirse y á tratarse como paisanos y vecinos los que antes vivian separados por absurdas fronteras, por mezquinas rivalidades, por bastardas ambiciones.....

¿Qué diría si viera estas cosas el difunto Francisco IV, el insigne enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros?

El teatro está animadísimo. Aquí ¡gracias á Dios! veo ya sin sombrero durante la representacion al público de la platea; pero siempre queda en ella un gran espacio sin asientos ocupado por la apiñada muchedumbre.

El palco ex-ducal, sumamente lujoso, se halla vacío.

Yo me figuro el cuadro moral que presentaría esta sala hace dos años.—¡Qué inmenso poder, que absoluta soberanía, qué exceso de omnipotencia en Francisco V, si se comparaban estas facultades con el estrecho círculo en que las ejercía!—El duque conocería á todos sus súbditos; los gobernaría *inmediatamente*; sentiría el placer del mando en toda la plenitud de su vanidad; vería en todas partes el reflejo de su propio esplendor; sería rey en su reino, como cada individuo es rey en su casa.—Exento de grandes cuidados; sin miedo á ninguna nacion, á fuerza de poder temer de todas; invencible á causa de su misma debilidad, como los niños y las mujeres; respetado, pero no envidiado por sus vecinos; indiferente al movimiento del siglo; no pensando en mejorar la condicion de su pueblo; desembarazado de toda intervencion del pais en el gobierno, esto es, no fiscalizado por la representacion nacional; desocupado, libre, olvida-

do, solo, el duque de Módena no probaría del poder sino las satisfacciones, las prerogativas, las inmunidades, la voluntariedad, lo que halaga la soberbia, lo que lisonjea el orgullo... ¡Y qué pesada, qué terrible, qué insoportable sería la presencia de este déspota ocioso, cuya mirada, cuya acción, cuyas pasiones penetrarían en el seno de la familia, pasarían de la vida pública á la privada, intervendrían en lo urbano tanto como en lo nacional, é invadirían constantemente la esfera de las personalidades!

Tal es la condición de todos los estados sumamente pequeños. En ellos, la tiranía del amo es necesaria, fatal, inevitable, como pasatiempo, como distracción, como recurso contra el fastidio. Un rey absoluto, encerrado con sus vasallos en estrechos límites, tiene que vivir solo ó degradado; ó es déspota, ó no es rey. El continuo contacto con unas mismas personas, produce la familiaridad y la llaneza ó el odio y el rigor. La proximidad mata el respeto. *Nadie es grande hombre para su ayuda de cámara.* Los chismes de vecindad, que son la pólvora de los pueblos de provincia, son un veneno en las cortes *lilliputienses*. Si de algún modo se esplican los crímenes espantosos que forman la historia de Italia, es por su división en diminutos estados. Los *Scala* de Verona, los *Visconti* de Milan, los *Este* de Ferrara, los *Carrara* de Pádua, los *Gonzaga* de Mántua y tantos otros como fueron señores de vidas y haciendas en un escaso territorio, usaban del poder de tal manera que lo que le faltaba en extensión, le sobraba en densidad.

Todo el mundo sabe que es regla establecida que no sean válidos al saltar á tierra los desafíos ajustados abordo de un buque durante una larga travesía, y la filosofía de esta sabia ley se funda en la experiencia que tienen los navegantes de que muchos hombres encerrados en un reducido espacio, y viéndose todos los días, acaban por estorbarse, por chocar unos contra otros, por aborrecerse, por desear aniquilarse.—Ahora bien, convertid á uno de esos hombres en señor de los demás, y llegará un momento en que arrojará al agua á todos sus compañeros de viaje.

Ni es esto todo: yo sé de un gran genio, á quien su prodigiosa imaginación había revelado en pocos años todos los misterios de la vida, el cual, cansado y disgustado ya de una monótona existencia que nada nuevo podía enseñarle, deseó muchas veces, durante sus accesos de melancolía, tener en su mano el poder de Dios, no para mejorar el mundo, sino para volverlo á la nada.

Así somos los hombres; y por eso valemos algo. Tal es nuestro ambicioso espíritu, y por eso le creo yo destinado á mejor vida.

Pero ¿á dónde vamos á parar? ¿Qué tiene que ver nada de esto con el buen *Rossi*, que esclama en este momento con verdadera inspiración:

...Presto á morir son sempre;
é duolmi or sol l'aver vissuto io troppo!...

Rossi es un buen actor trágico; pero aunque muy joven todavía, está ya en su decadencia. Grita mucho y es exagerado como todos los actores de Italia, lo

cual ha debilitado prematuramente sus facultades. Diríase que ha explotado mal la cantera de su voz, y que al sacar de ella algunas estatuas, ha quebrantado el mármol restante. Quizás es también demasiado académico, demasiado solemne;



La última reina de Nápoles.

pero cuando se distrae, tiene arranques de verdadera inspiración. Así y todo, vale más que todos los actores trágicos que he oído en Francia y en España, excluyendo á la *Ristori*.

Los italianos son artistas por naturaleza, por tradición y porque respiran el arte en el aire patrio.—En los últimos histriones de una compañía ambulante échase de ver no sé qué grandeza clásica, no sé qué instintos magistrales, no sé

qué aspiraciones á la sublimidad, que no pueden consistir en otra cosa sino en la costumbre de ver en todas partes, en la iglesia, en la plaza pública, en los paseos, en los mismos campos, nobles estatuas, elegantes pórticos, maravillosas pinturas, venerables ruinas; modelos, en fin, de la perfeccion artística á que tantas veces ha llegado Italia.—Yo he visto á un niño de doce años dibujar con carbon sobre las losas de una calle de Milan cabezas de vírgenes y santos, llenas de defectos, es verdad, pero notables por su *estilo*.—Yo he oido cantar á los trabajadores y á los soldados en las calles y en los caminos con una inteligencia y un gusto que se adquieren difícilmente en los conservatorios de otros pueblos.—Yo no he visto todavía en Italia cuadro, escultura ni edificio tan malo que no recuerde, siquier pálidamente, las escelencias de los grandes maestros inmortalizados por la fama.

Volviendo á *Rossi*, diré que la noche que estoy pasando viéndole hacer el papel de *Virginio* en la *VIRGINIA* del sublime Alfieri, es la primera en que he realizado parte de mis ilusiones acerca de los teatros de Italia.

Entre tanto, la tragedia es interrumpida á cada paso por los aplausos frenéticos del público, que encuentra en todas las escenas algo que referir, por vía de epigrama, al gobierno difunto de los Este.

Y en verdad, Alfieri, como todo el mundo sabe, era un tribuno ardentísimo disfrazado de poeta, y sus obras inmortales están sembradas de alusiones políticas, máximas, profecías y predicaciones, que han contribuido no poco á mantener vivo en toda la península italiana, durante los últimos años de opresion y tiranía, el amor á la libertad y el afan de independéncia.

Debo tambien hacer notar que no es solamente el *insensato vulgo*, siempre dispuesto á las mudanzas (como llamaba Radetzky á la clase popular), el que aplaude con furor los rasgos patrióticos y liberales de Alfieri: son tambien las mas principales damas, los mas nobles caballeros, los ancianos patricios, los jóvenes de moda...

Siguiendo mi sistema inquisitorial, he preguntado á mis vecinos el nombre de las personas que daban mayores muestras de entusiasmo en los palcos de *ordine nobile*, y me han dicho:

—Ese es el conde; esa es la marquesa; ese el duque de tal; ese es un magistrado; ese es un sabio; esa es la hija de un banquero; ese lleva tal ó cual ilustre apellido...

Y yo he exclamado en mi interior:

—¿Quiénes serán en Módena los partidarios de Francisco V? ¿En qué se fundarán algunos publicistas extranjeros para llamar incua usurpacion á la anexion de Módena al Piamonte, y ridícula farsa al sufragio universal que dió por concluida la autonomía modenese?

—Aquellos publicistas lo sabrán.

Con estos pensamientos me vuelvo á mi casa, donde al fin voy á complacer á mi estúpido cuerpo, entregándole al descanso.

Es la una de la tarde.

Estoy en la estacion de la *Strada ferrata*, esperando la salida del tren que ha de llevarme de Módena á Parma en hora y media.

En este momento acabo mi escursion por Módena, en que he gastado toda la mañana.

He estado en la catedral, cuyo indudable mérito es mas bien arqueológico que arquitectónico. Data del siglo XI, y su fundacion se debe á la famosa *Condesa Matilde*, de quien hablaremos cuando vayamos á Florencia. El estilo es lombardo, y como tal sumamente curioso para los peritos en el arte de Vitrubio. Lo único que en la catedral agrada á los profanos, es la célebre torre llamada la *Ghirlandina* (uno de los *campaniles* mas altos de Italia), cuyo nombre proviene de una guirnalda de bronce que ostenta alrededor de la veleta.—Todo el exterior de aquella elegante y corpulenta mole está revestido de mármol blanco.

Desde allí he ido al *Palacio ex-ducal*, cuya magnitud y hermosura me han sorprendido extraordinariamente.

Lo mismo digo de aquel palacio, que dije anoche del poder de los duques de Módena: ni el uno ni el otro estaban en proporcion con la pequeñez del Estado.

El alcázar que habitaba Francisco V es uno de los mas vastos y bellos de toda Europa. Hállase aislado en la confluencia de tres calles magnificas, desde las cuales ofrece un aspecto magestuoso. Su arquitectura es del Renacimiento. El patio, la escalera, las galerías y los salones tienen una grandeza verdaderamente cesárea.

En cambio, el ajuar es pobre y hasta mezquino en muchas habitaciones. Nótese en él una mezcla de esplendor y de miseria, que deja comprender que el reino no le bastaba al alcázar. En unas habitaciones se ven muebles riquísimos, preciosos dorados, soberbias colgaduras; en otras un mobiliario antiguo, apollado, róto; aquí sofás y butacas de *gutta-percha*, veladores y mesas de caoba lisa, lámparas y espejos de forma vulgar, un menaje, en fin, sumamente modesto, propio de simples mortales, igual al que decora las casas de la clase media; allí trastos viejos é inservibles; en algunos aposentos... absolutamente nada.

La galería de pinturas de este palacio era de primer orden hace dos siglos; pero el duque Francisco III se vió un dia en un apuro y vendió al Elector de Sajonia cien magnificos cuadros, entre los cuales iban cinco ó seis *Correggios*!—Hoy solo quedan en la galería veinte ó treinta lienzos medianos, casi todos de la escuela boloñesa.—Un *Fraile* que lleva el nombre de Velazquez, y un *Labrador* que se atribuye á Murillo, son dos falsos testimonios levantados á los principes de la pintura española.

Actualmente no vive nadie en el alcázar.—Cuando yo lo he visitado, se celebraba en él una almoneda ó *exibicion* (yo creo que exhibicion) de los juguetes de los principes. Estos juguetes son pobres y ridículos, y el pueblo, en vez de hacerles postura, se entretiene en mirarlos y reirse.—Entre ellos he visto una locomotora de carton con este letrero: *De Módena á Monaco*.

¡Ah! el bueno de Francisco V se consolaba pensando en estados mas peque-

ños que el suyo!—¡ Con qué soberbio desden y con cuánta complacencia recordaría á todas horas las repúblicas de *Andorra* y de *San Marino*!—¡ Al lado de ellas, el ducado de Módena era el imperio de Alejandro !!!

Después he vagado por las calles, y últimamente he venido á la estacion dando una vuelta en coche por encima de la muralla que ciñe la ciudad.

Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de paseo público.

Desde la parte del Sur se goza de una hermosísima vista de la mole azul de los Apeninos...

¡ Detrás de ellos está Florencia !...

Partamos.

II.

De Módena á Parma.—Los Farnesio.—Recuerdos de España.—*Correggio*.—Un teatro antiguo y otro moderno.

El ferro-carril de Módena á Parma corre paralelamente con la *via Emilianana*, á lo largo de una fértil llanura cortada á cada paso por impetuóso arroyos y hasta por verdaderos rios, que bajan del Apenino y van en busca del Po á mezclarse con las aguas procedentes de los Alpes.

Primero pasamos el *Secchia*.

Luego nos detenemos algunos minutos delante de *Rubiera*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado.

Un cuarto de hora después hacemos alto á las puertas de *Reggio*, la segunda ciudad del ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran fortaleza.

Reggio encierra 19,000 habitantes.—También tuvo sus tiempos de república independiente y de reino infinitesimal.—Un viaje en ferro-carril al través de tantas antiguas monarquias, se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas*.

Después de salvar otro riachuelo, paramos en la estacion de *S. Ilario*.

No lejos se ve sobre la *via Emilianana* un arco de triunfo, levantado hace dos siglos en celebracion del casamiento de un Farnesio con una Médicis.

En seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, poblacion famosa por su hospital de leproso, y llegamos á las orillas del

Enza, caudaloso torrente, que sirve ó *servia* de frontera á los ducados de Parma y Módena.

En *San Próspero*, primera aldea del Estado de Parma, el pais llega á un indecible grado de fertilidad y hermosura.—El verde manto del Apenino baja hasta aquí, recamado de plata por mil arroyos bullidores, que solo están en actividad durante la primavera y el otoño. El verano los seca y el invierno los petrifica en su cuna.

A lo lejos distingo ya entre el arbolado las cúpulas y campanarios de *Parma*, dorados por el sol.

La ciudad de los Farnesio, asentada en medio de tan amena y dilatada llanura, me parece, mas que una córte de Italia, un inmenso palacio campestre, un *sitio real* perteneciente á la corona de España.

Esto es injusto y egoista... ¿pero quién pone una mordaza á la loca imaginacion?

¡ Ha oido uno decir tantas veces que España tiene derechos al estado de Parma! ¡ Están tan enlazadas sus historias! ¡ Van tan unidos sus nombres!

Así es que mis afectos se sobreponen á mis ideas; y después de haber abominado de la fatal division en que los italianos han vivido hasta ahora, estoy por lamentar la fusion de Parma en Italia.—Ya me acusé el otro día, viendo salir el sol desde una calle de Ferrara, de cierto fanatismo patrio. ¡ *Perezcan los principios y sálvense las colonias!* Tal es mi primer grito cuando se trata de la patria...

Sin embargo, esto no pasa de ser una intemperancia del afecto, que la reflexion se apresura á reprobar. Seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia. Por mas que hayan hecho y pactado algunos poderosos de la tierra, los derechos de un pueblo á reinar en otro son fátuas convenciones que repugnan á la razon.

Los hechos consumados por la fuerza no tienen mas razon de ser que la fuerza misma, y cuando esta cesa, los hechos cesan también, sin que sea dado invocar entonces la autoridad del tiempo. El tiempo no sanciona lo absurdo: antes lo desvirtua constantemente, puesto que acredita la inmortalidad y la impenetrabilidad del derecho. Mil años de violencia pueden ser anulados por un solo día de libertad.

Con que dejemos á Italia ser Italia, y contentémonos nosotros con ser España,—ó por mejor decir, lamentemos el no serlo enteramente.—Olvidemos un poco nuestros derechos *eventuales* á Parma, y acordémonos algo de nuestros derechos eternos á Gibraltar.

Esto no quita para que nos bañemos en el agua de rosas de nuestra historia; para que nos recreemos con nuestro poético pasado; para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que no solo pudieron hacer lo justo, sino también su santa voluntad.

La historia especial ó peculiar de Parma principia con la dinastía de los Farnesio, á mediados del siglo XVI.

Pablo III, papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luis, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Pedro-Luis-Farnesio, primer duque de Parma, fue uno de los hombres mas abominables que han aparecido sobre la tierra. Su pueblo le hizo justicia: los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe le arrastró por las calles de la ciudad.

Su hijo *Octavio* fue reconocido por Carlos V, quien le dió en matrimonio á su hija la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos. Octa-